

Fabián Plaza Miranda

EN LA NOCHE ESTARÉ



ReadDuck 
Novela Alas

En la noche estaré

Colección Readuck Novela Alas

En la noche estaré

Fabián Plaza Miranda

ReaDuck®

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por registro u otros métodos sin el permiso y por escrito del Editor y del Autor.

Ilustración de portada e interiores: **María Capilla Picón**

Corrección: **Marina Montes**

Maquetación: **José Antonio González Padilla**

©**Fabián Plaza Miranda**

Director de la colección: **Alejandro Travé Pulido**

Título: En la noche estaré

Julio de 2022. Primera edición

Impreso en España / *Printed in Spain*

Impresión: Quares

©ReaDuck Ediciones

41020-Sevilla

E-mail: ediciones@readuck.es

www.readuck.es

ISBN: 978-84-18406-54-6

ISBN (ePub): 978-84-18406-55-3

Depósito Legal: SE-1322-2022

Para Sofía y Nuria. Recordad las palabras de Rea: «No aceptes sin más todo lo que te digan, ni siquiera cuando te lo diga alguien con autoridad».

Y para Gore. Hasta el mismísimo Inframundo si hace falta.

Índice

Prólogo

I

II

III

IV

V

VI

VII

VIII

IX

X

XI

XII

XIII

XIV

XV

XVI

XVII

XVIII

XIX

XX

XXI

Epílogo

Agradecimientos

Notas sobre la lengua de signos

Prólogo

*Cuarto día antes de las nonas de Noveno,
día del Sol.
CCCXVIII, A.P.*

La prisionera no tenía diario, cosa que enfureció al Magistrado Neluras. De todos los crímenes que se podía cometer contra el Imperio, aquel le parecía el más insultante. No costaba cumplir con una obligación tan simple y conocida, una que hasta los párvulos tenían grabada a fuego en sus cabecitas. Era imposible dejarse olvidado el diario en cualquier lugar, de la misma forma que era imposible que alguien olvidara la ropa que llevaba puesta. Quienes optaban por hacerlo, por despreciar su libro de vida, no tenían excusa para su afrenta. Debían de saber que sus desagradecidos actos atacaban la esencia misma de las tradiciones imperiales, todo lo que les había hecho llegar tan lejos en tan poco tiempo.

No ayudó a mejorar su humor el que lo hubieran despertado para darle la noticia. Los delitos más graves, como el asesinato o la blasfemia, no podían esperar a la sesión ordinaria de la Magistratura. Así que los esclavos, temerosos porque preveían la airada reacción de su señor, no habían tenido otra opción más que la de informar a Neluras en cuanto llegó el mensajero desde la Fuente. Aunque estuvieran en mitad de la madrugada, la Justicia debía ponerse en marcha. Era necesario que el Magistrado evaluara en persona la situación y decidiera si había que tomar alguna medida drástica. Y aquella noche le tocaba resolver las emergencias a él, mientras los demás Magistrados roncaban a pierna suelta en sus casas.

Neluras movió con torpeza su orondo cuerpo y salió de la cama como pudo. Se secó la frente con el paño que siempre tenía al lado

para tal propósito. Era increíble lo desagradable y pesada que podía llegar a ser la bochornosa humedad de las Tres Ciudades. Miró la túnica y la toga que debía ponerse y entonces sí agradeció que no fuera de día. Dentro de unas horas le resultaría una tortura cumplir con su deber de llevar todo el aparatoso ropaje ceremonial de Magistrado, así como sus cadenas, cinturones y anillos. Neluras bufó mientras lo ayudaban a vestirse. Cualquier triste comerciante del Foro de Mardus-Doleia tenía la sensatez de llevar ropas finas más aptas para el clima del lugar. Pero la carga de la tradición, incluso la tradición al vestir, era el peso que debía soportar un sacerdote juez; Neluras se había resignado hacía años a su papel como símbolo de lo divino entre los mortales.

Tras calzarse las sandalias y guardar su diario entre los pliegues de la ropa, se ajustó la toga asegurándose de que tanto el bordado púrpura y verde como los demás emblemas de su posición quedaran bien visibles. Vació de un trago la copa de agua fresca del pozo que le había traído su servicial esclavo Tero y ordenó que preparasen el palanquín.

Cuatro fuertes gulvanos de cabeza rapada, en parte porteadores y en parte guardaespaldas, lo llevaron a cuestas entre las callejuelas adoquinadas de Mardus-Sharama. Neluras corrió las cortinas para intentar amortiguar el hedor de las cloacas. Con paso firme y ágil se fueron acercando hacia la parte alta, a la cima de la colina. A aquellas horas no había ni un alma. Los sharámeos nunca habían sido gente que trasnochara. Si alguien quería entretenimientos tras la puesta del sol debía cruzar la muralla doble hacia el Foro, donde se podía cumplir cualquier deseo que se pagara con oro y plata. Hasta bajo la sombra de la estoica Fortaleza Azul era posible encontrar varias tabernas y lupanares para el regocijo de los legionarios. Pero no en Mardus-Sharama. Aquel siempre había sido un lugar de recogimiento, de estudio e introspección. Por la noche solo se oía el eco del bullicio de las dos ciudades vecinas. Aquella ausencia de actividad nocturna había hecho que el chistoso senador Cínaro bautizara el lugar como «la ciudad de los muertos»; epíteto que, si uno lo meditaba con detenimiento, no dejaba de ser irónicamente acertado. Pero a Neluras le gustaba aquel silencio. Le recordaba la

calma de su aldea natal.

Le vino el pensamiento de que aquella madrugada las calles de Mardus-Sharama sí habían tenido a una trasnochadora. Una que además viajaba sin diario. La blasfema a la que él debía juzgar.

Se preguntó qué habría estado haciendo ella ahí. No fue capaz de imaginar ningún motivo legítimo. ¿Quizá una chica que se había perdido desde Mardus-Doleia? Imposible. No habría podido pasar la muralla sin documentación.

Al girar una esquina, un gato bufó y salió corriendo, sobresaltado por la aparición de los cuatro gigantes y el ornamentado palanquín que transportaban. El Magistrado pudo ver a través de las cortinas que se estaban acercando a su destino. Ya habían llegado a la Vía de la Luz, la calle principal de la ciudad y la única que lograba estar en línea recta en todo su recorrido. Al final de ella se encontraba el Palacio de la Fuente. La residencia del Sumo Magistrado, el más solemne lugar de culto de todo el Imperio... y cuyos subterráneos albergaban las mazmorras.

A Neluras le pareció notar movimiento en una de las callejuelas adyacentes a la vía. Se volvió con rapidez pero no vio nada raro. Estaba claro que no había nadie más. Quizá otro gato. Su imaginación le jugaba malas pasadas. Sintió una corriente de aire fresco y agradeció su caricia en la cara. Volvió a mirar en dirección al palacio.

En realidad no tenía nada de especial. De los edificios que coronaban cada una de las tres colinas, era el más anodino. Una construcción de sencilla planta cuadrada con cuatro pisos de altura y unos doscientos codos de lado. A modo de alas tenía un par de añadidos de menor tamaño, rectángulos de unos sesenta o setenta codos de largo. Sus ladrillos anaranjados no resultaban tan vistosos como el blanco mármol del Senado y sus columnas de intrincados capiteles. Sus paredes no eran ni de lejos tan resistentes como los inexpugnables muros de la Fortaleza Azul. Sin embargo, a Neluras le parecía una de las obras arquitectónicas más imponentes jamás construidas por el hombre. Sus paredes estaban recubiertas de complejas inscripciones en túliro y sharámeo. Los bajorrelieves describían todo el saber de la humanidad, desde los ciclos de las

estaciones hasta los principios más avanzados de ingeniería, anatomía o filosofía. Los textos se dispersaban también por el interior del edificio, con lo que todo el palacio se convertía en una inmensa biblioteca inmune al paso del tiempo. Los conocimientos estaban clasificados de forma que lo más visible era también lo más sencillo; a medida que uno se adentraba en las zonas más privadas de palacio también accedía a salas con información más avanzada, más sagrada o reservada solo a los ojos de los iniciados.

Neluras no formaba parte del Consejo de Auspicios. Aun así tenía autorización para llegar hasta la mismísima Fuente, lo que le había permitido leer con avidez todas las paredes excepto las únicas que le estaban vedadas: las de los aposentos del Sumo Magistrado, que solo él podía ver.

Que se quedaran los legionarios con su Fortaleza y sus torres. Que se ensoberbecieran los senadores con sus costosas obras de arte. Sus edificios jamás podrían competir con el Palacio de la Fuente. Incluso aunque quisieran copiarlo, no podrían. Porque ninguna mano humana había tallado las inscripciones. Todo se había hecho con Canciones.

Además de maravilloso, resultaba práctico. Si había que añadir o modificar algún conocimiento, los Magistrados solo tenían que Cantarle a la pared y obrar el milagro. En aquellas ocasiones, si el muro en cuestión era de acceso público, los Sacerdotes solían permitir que la gente asistiera y contemplara el prodigio. Así se cultivaba el asombro ante los dones de Kranus y se les hacía recordar la importancia de Mardus-Sharama en el Imperio.

Los porteadores se desviaron hacia el lateral izquierdo. Como era natural, Neluras no iba a entrar por la puerta principal tan tarde. El palanquín se paró junto a una cita de Faldio elogiando la templanza en todo excepto en la fe. Los gulvanos le ayudaron con la compleja tarea de sacar su gran cuerpo de la litera y se quedaron en posición de firmes. Ahí esperarían hasta que él regresara, ya que no estaban autorizados a entrar en palacio. Las cuestiones de seguridad las cubría la propia Guardia de la Fuente.

Accedió por una pequeña puerta negra, donde le esperaba un esclavo que lo acompañó hasta la basílica. Se trataba de una de las

alas laterales del palacio, en cuyas paredes —y a diferencia de lo que ocurría en el resto del edificio— habían abierto una enorme cantidad de ventanas y arcos. Dentro abundaban estatuas en hornacinas, tapices y mosaicos. Aquellos muros no tenían inscripciones porque estaban destinados al populacho, que podía acudir al lugar siempre que lo deseara. Durante el día cientos de personas elegían una de las dos basílicas para rezar, asistir a los juicios, hacer negocios, escuchar a oradores debatiendo o simplemente pasear.

Como las calles de la ciudad, en aquel momento el templo estaba en silencio. Solo se oía el repiqueteo de las sandalias de Magistrado y sirviente. Accedieron por la nave principal y avanzaron entre pebeteros iluminados con llamas saltarinas hasta la exedra que flanqueaban dos guardias con su armadura de escamas de bronce. El esclavo ayudó a Neluras a colocarse en el sillón presidencial bajo el imponente busto de Kranus e hizo una reverencia tras anunciar que le traería a la prisionera.

El paseo y el cansancio habían calmado los ánimos del Magistrado. Quedó con la única compañía de los dos soldados, mirada fija al frente. Solo hablarían si él les dirigía la palabra antes, pero tampoco tenía muchas ganas de hacerlo. Ahogó un bostezo y se dispuso a pasar el rato mirando las decoraciones.

Su preferida era el mosaico que tenía ante sí, una representación del Imperio de las Tres Ciudades hecha con finas teselas de colores y colocada en el lugar más privilegiado de la basílica, el suelo frente al sillón. Era una de las pocas cosas de palacio que no se había realizado Cantando, sino con la habilidad de devotos artesanos. En el mapa podía distinguirse los contornos de las Siete Provincias Consortes, las demás regiones del Imperio, parte de las tierras salvajes, los ríos principales y hasta la vasta inmensidad del mar de Estrella. Si uno se fijaba, podía notar que las teselas amarillentas que representaban a Shifana estaban menos gastadas que las otras. Pero poca gente veía ese detalle, porque a todos se les iban los ojos hacia las representaciones de las Tres Ciudades situadas en el centro del mosaico. No eran del mismo material que las demás, sino piedras preciosas: un diamante para Mardus-Doleia, un zafiro para Mardus-Gactris y una esmeralda para Mardus-Sharama. Joyas tan bellas

como valiosas. Sin embargo, y a pesar de que las puertas de la basílica siempre estaban abiertas, no había riesgo de que alguien intentara robarlas. Nadie en sus cabales le robaría a un Magistrado.

Neluras notó en su rostro la agradable caricia de una corriente de aire. Oyó entonces pasos que se acercaban. Comenzaba su trabajo. Se irguió en el sillón e intentó adoptar la pose más regia que pudo.

La blasfema apenas era una muchacha menuda de poco más de quince o dieciséis años. Un fuerte olor a excremento la acompañaba, tanto que casi la olió antes de verla. Estaba sucia, manchadas su cara, su raída túnica parda y sus pies descalzos. Parecía como si hubiera estado paseando por las alcantarillas. Sin embargo, no tenía la delgadez de la pobreza, sino que daba la sensación de estar bien alimentada, el regordete atractivo que le gustaba a Neluras, con generosas curvas donde cabía esperarlas.

Caminaba encogida, las manos atadas al frente y escoltada por el sirviente y otros dos guardias, e intentaba mantener la cabeza gacha. Sin embargo, Neluras notó que lanzaba miradas furtivas a todas las obras de arte que la rodeaban. Quizá era la primera vez que estaba en la basílica. Eso significaría que no era sharámea, pero también hacía volver la duda de cómo había atravesado la muralla para empezar. El Magistrado se frenó antes de fruncir el ceño; debía mantener su pose impertérrita.

Colocaron a la chica frente a él, tras el mosaico. Ella se atrevió a levantar la cabeza con cautela. En aquel momento abrió los ojos asombrada. Neluras sabía lo que estaba mirando: el busto de mármol de Kranus que tenía sobre él. Era una imagen hecha para impresionar. La cara del dios mostraba una expresión de furia implacable, los labios apretados tras la barba y los ojos encendidos de ira. El escultor había logrado cincelar hasta las venas marcadas en las sienes.

La viva imagen de la justicia túlira.

—Hacemos entrega de la prisionera, oh, Sagrado —dijo uno de los guardias que la acompañaban. Neluras le indicó que se retiraran con un gesto que pretendía ser despreocupado. Tanto los dos soldados recién llegados como el esclavo obedecieron con inclinaciones de la cabeza.

La chica se quedó en el sitio, de nuevo mirando al suelo. Era guapa, a pesar de su capa de mugre. Ninguno de sus rasgos faciales se marcaba demasiado, a excepción de la redondez de su cara. El conjunto de su cuerpo daba un aspecto de simetría que muchos artistas habrían querido inmortalizar. Quizá ese era el secreto de su buena alimentación. Quizá la joven se ganaba la vida como prostituta. ¿Qué otra cosa iba a hacer si no? No tenía brazos de campesina ni callos en las manos que se pudieran corresponder con algún otro oficio honorable de los plebeyos.

Pero hasta las prostitutas tenían diario.

Neluras se dispuso a resolver de una vez aquel enigma.

—Bendita sea la Canción —entonó, iniciando con sus palabras el Rito de Interdicto—, bendito sea el Imperio, bendita sea la Muerte. Muchacha, ¿sabes por qué estás aquí?

Ella lo miró un latido, pero volvió a agachar la cabeza sin contestar. A Neluras se le escapó por fin el fruncimiento del ceño. Por supuesto que la chica debía de saber lo que pasaba. Aun así, no se había arrojado a sus pies, llorando y suplicando, diciendo que había perdido el diario o que se lo habían robado.

Aquello significaba que se había deshecho de él voluntariamente. Que era culpable del delito.

—Estás aquí por haber cometido blasfemia. Has afrentado a Kranus y al Imperio. Por ese motivo te estoy juzgando. Si estimo que eres culpable, ejecutaré la sentencia que considere oportuna contra tu cuerpo... o contra tu alma. ¿Entiendes lo que estoy diciendo?

De nuevo silencio. Empezó a preguntarse si aquella cría era sorda, muda o tonta de remate, pero de ser así le habrían avisado para que no perdiera el tiempo con interrogatorios. Neluras probó otra aproximación.

—¿Cómo te llamas?

La chica no respondió.

—¿Tienes miedo hasta de decirme tu nombre?

Tampoco entonces hubo contestación. La muchacha seguía mirando al suelo, con un leve temblor en su cuerpo. Por descontado que darle su nombre a un Magistrado debía asustarla, pero Neluras ya estaba viendo que aquel no era el motivo de su silencio. Tenía

miedo, claro, como lo tendría cualquiera en su situación. Aun así, no callaba por eso. Había algo más. Aquel misterio empezaba a despertar la curiosidad de Neluras.

Por desgracia, su curiosidad no era más fuerte que su sueño.

—Está bien. Te voy a dar la oportunidad de que pienses un poco en todo esto. Vas a pasar la noche en las mazmorras. Mañana volveremos a hablar y responderás a todo lo que te diga. Créeme, tarde a temprano lo harás. Lo mejor para ti es hacerlo cuanto antes. Te ahorrarás muchos problemas.

Ella siguió sin levantar la cabeza. Él ordenó a los guardias que se la llevaran.

De vuelta en la cama, Neluras tardó en quedarse dormido a pesar de todo. No podía dejar de pensar en quién sería aquella chica.

—Te encontraron vagando junto al Palacio de la Fuente. Saliste huyendo cuando la guardia te dio el alto. Te cogieron, claro, y al registrarte vieron que no tenías diario. Y anoche te negaste a contestar a las preguntas de este Magistrado. ¿Es o no es cierto lo que digo?

La gente escuchaba con atención. No era para menos. Después de un largo litigio sobre la propiedad de unos establos y dos devotos ancianos haciendo una ofrenda a Kranus para pedirle buena fortuna en el matrimonio de su hijo, aquello les parecía lo más interesante que iba a pasar en la sesión de la Magistratura. Un prestamista demasiado perfumado, un grupo de peregrinos gulvanos, un senador escoltado por dos legionarios azules, incluso unos niños que jugaban a las gorgonas. Todos dejaron lo que estaban haciendo y se fijaron en la joven, con ganas de saber qué contestaría.

No contestó en absoluto.

Neluras tampoco dio su brazo a torcer. No podía hacerlo.

—Te estoy dando la oportunidad de que hables voluntariamente —dijo, con la máxima calma y hieratismo que pudo—. La misericordia de Kranus no es algo que suela aparecer. Ante ella deberías inclinarte

y aceptar con humildad.

La chica, a la que habían lavado antes de sacarla de las mazmorras, siguió sin responder.

El Magistrado espió con discreción a los congregados. Empezaban a lanzarse miradas de soslayo. En sus ojos no había reverencia sino jocosidad. Se estaban tomando la situación como un chiste. Si la cosa seguía así, también formaría parte de la chanza él, Neluras, Magistrado del Imperio y Sagrado Sirviente de Kranus.

Mardus-Sharama estaba muy por encima de aquellas intrigas palaciegas tan habituales entre los senadores, con sus arribistas y sus puñaladas por la espalda. Sin embargo, Neluras tenía una posición que implicaba un cierto prestigio. Dicho prestigio venía dado por el hecho de representar la justicia divina. Si la plebe se lo tomaba a pitorreo, alguien en el Consejo de Auspicios acabaría dando una reprimenda a Neluras. Quizá lo relevaran de sus tareas en la basílica.

Para zafarse de la embarazosa situación solo se le ocurrió repetir estrategia.

—Te concedo la oportunidad de que pienses en esto en las mazmorras. La próxima vez que hablemos me darás todas las respuestas que quiero. Ya no habrá más misericordia de Kranus, así que reflexiona bien. No escuches a tu miedo.

Los guardias se la volvieron a llevar y él trató de controlar sus emociones. Tras años de práctica era capaz de fingir una paz interior que no tenía, incluso en tales circunstancias. Nadie notó el torrente de pensamientos que hacía que su pecho se desbordara. Aquella chica era una estúpida, solo estaba empeorando las cosas.

Neluras no podía permitirse otra escena similar. Decidió que el próximo interrogatorio volvería a ser de noche, cuando no hubiera testigos.

La prisionera habló en su siguiente encuentro.

Hacía horas que se había puesto el sol. Ya no quedaba nadie más en la basílica, aparte de los dos Guardias de la Fuente. Ninguna otra

persona que pudiera ver cómo Neluras trataba a la chica.

Al principio no hubo ningún cambio en su actitud. Ella siguió negándose a responder por las buenas. Al cabo, el Magistrado probó una nueva aproximación. No necesitaba sus palabras para leer sus motivaciones.

—Tienes la ropa raída y sucia —dijo—. Si tuvieras dinero seguramente habrías comprado algo más digno. Eso quiere decir que eres mendiga. Seguro que siempre lo has sido. Estás lejos de tu familia. Has pasado la vida sola, huyendo de lugar en lugar. Todo te da miedo, no solo yo.

Mientras hablaba, estudió a la muchacha. Cada temblor repentino, cada mirada furtiva, cada minúscula exclamación de sorpresa. Aunque siguiera empeñada en no responderle, su cuerpo podía darle pistas. Viendo sus reacciones podría deducir si se acercaba a la verdad. Al menos en teoría.

Sin embargo, su experiencia como Magistrado no parecía funcionar con ella. No veía gestos incontrolados o intentos de reprimir emociones. No tenía manera de saber si sus palos de ciego estaban acertando.

Suponía que sí, ya que todo lo que estaba diciendo tenía sentido. Tal vez con aquello bastara. Quizá tenía ya suficiente información sobre ella para Cantarle con seguridad.

Pero ¿y si no la tenía?

Si intentaba hechizar a la chica con conocimientos equivocados, la cosa no acabaría bien para nadie.

—¡Niña estúpida! —estalló por fin, olvidando sus esfuerzos por parecer impasible—. ¡Tu cobardía no te ayuda! ¿Por qué me lo pones tan difícil? ¿Por qué no me contestas? ¿No te das cuenta de lo que me obligas a hacer? ¡Tengo que cumplir con mi deber, pase lo que pase! ¿Es que no ves lo que estoy intentando?

—Estás intentando no torturarme.

Neluras quedó aturdido por la sorpresa. Tardó unos latidos en asimilar que la chica había hablado. Con una voz calmada y melodiosa. Levantó la cabeza y lo miró fijamente. En aquel momento desapareció todo rastro de miedo. Su cuerpo se irguió. Los temblores cesaron. Aun atada y vestida con harapos, aquella chica pareció

llenar la penumbra de la basílica.

—Eres bondadoso, Magistrado —siguió diciendo—. Y tienes razón. Te has tomado mucho tiempo conmigo. Eso no te hacía falta. Habría sido más rápido torturarme. Aunque yo no hablara, habrías sabido muchas cosas sobre mí, sobre... lo que me asusta. Eso te habría dado poder. Es lo que habría hecho cualquier otro Magistrado. Pero tú no. Creo que es porque lo consideras indigno. Indigno de los Magistrados. Indigno del Imperio. Tú crees de veras en los valores imperiales. Honor, coraje, justicia, templanza. Por eso no me has torturado.

A su pesar, Neluras estaba escuchando con la boca abierta. La muchacha hizo una pausa, inclinó la cabeza, entrecerró los ojos y volvió a hablar.

—Tuve un esclavo shifano. Hablaba con tu mismo acento. Pero Shifana no es una Provincia Consorte de Mardus-Sharama. Tuviste que hacer algo grande para que se fijaran en ti. Creo que es por tu devoción al Imperio y a sus tradiciones. Sí. El Magistrado de tu región vio esa chispa en ti. Saben hacerlo —añadió con una sonrisa.

Palabra por palabra, la niña estaba describiendo pinceladas de su vida. Neluras estaba admirado. Él creía conocer a la gente con rapidez, pero lo que aquella chica estaba haciendo era... Era...

Lo que estaba haciendo era estudiar sus reacciones. Se quedó pálido.

La joven lo estaba estudiando como él acababa de intentar con ella. Solo se le ocurría un motivo para que pudiera hacerlo. Un inconcebible y terrorífico motivo.

Podía Cantar.

No solo era una blasfema. También era una hereje. Había ido contra el orden natural de las cosas y —a pesar de ser mujer— se había atrevido a hacer el Pacto.

Por eso se comportaba de aquella manera. Estaba intentando averiguar cosas sobre él. Cosas personales, íntimas. Quizá lo había estado haciendo desde el primer momento en que se la presentaron. De ahí que no contestara. Estaba alargando el interrogatorio a propósito. Necesitaba conocerlo. Cuanto más, mejor. Era lo que hacía falta para una Canción sólida.

Y las reacciones de Neluras, que no creía necesario ocultarse ante una simple criada, le habían dado toda la información que quería.

Intentó gritar a los guardias que la abatieran, pero no tuvo tiempo. Ella empezó a Cantar y desde la primera nota su alma quedó en trance, a la espera de ver cómo terminaba el hechizo.

Neluras no podía moverse, no podía hablar. Solo se podía hacer una cosa cuando alguien le Cantaba a uno: responder con otra Canción y esperar que fuera más fuerte. Pero el Magistrado no osaba hacerlo. ¡No sabía nada de la joven!

La melodía sin letra continuó. Él la sintió en su pecho. Hablaba de Neluras, no el Neluras que todos veían en público sino el Neluras que había dentro de Neluras. Ese que a veces no conocía ni él mismo. Ese que de vez en cuando le ayudaba a recordar lo que estaba bien y lo que estaba mal.

La Canción de la chica lo llevó de vuelta a su infancia. Rememoró los plácidos desiertos rocosos, las frescas noches llenas de estrellas, los rebaños de cabras de su tío, las veces que sus amigos y él salieron a cazar serpientes pétreas, jugando a que eran dragones.

Recordó los abrazos de su madre.

La joven estaba llegando demasiado adentro. Neluras intentó resistirse con todas sus fuerzas, pero sabía que no había nada que hacer. A menos que se atreviera a devolver el ataque, todo estaba en manos de Kranus.

Los guardias reaccionaron por fin. Ellos no sabían hacer magia, pero tenían suficientes años de servicio como para reconocer una Canción. Tras unos instantes habían terminado aceptando lo que parecía imposible: la melodía que entonaba la prisionera no era fruto de un arrebató de locura, sino un poderoso hechizo. Desenvainaron sus gladios y avanzaron hacia ella con rapidez.

Desde el fondo de su mente, Neluras suspiró aliviado. Estaba a punto de salvarse. Cuando alguien Cantaba tampoco podía hacer otra cosa. Era necesario terminar la Canción para evitar el latigazo. La niña estaba tan indefensa como él. Ambos sabían que todavía le quedaban estrofas a aquel encantamiento.

Cuando los guardias la mataran, la Canción se descontrolaría. Todos recibirían la explosión, pero semejante riesgo era preferible al

de ser manipulado por ella. Neluras sintió una fresca brisa en su cara.

Uno de los guardias salió despedido por el aire, como si un titán invisible lo hubiera golpeado en el pecho. Se estrelló contra una columna, se desplomó como una muñeca abandonada y no se levantó.

El otro guardia miró a la chica, aterrado, pero ella seguía Cantando a Neluras.

Apareció una mujer. Algo a su lado flotó hacia la oscuridad a toda prisa.

Surgieron de la nada, en mitad del mapa mosaico, justo delante del sorprendido soldado. La mujer era alta, de espaldas anchas y brazos robustos. Su pelo rubio estaba cortado a la altura de la nuca, de forma muy poco femenina. Sujetaba un recio bastón cuya extremidad apuntaba a la desprotegida nariz del guardia.

Lanzó el golpe. El soldado se tambaleó y cayó de espaldas, perdiendo su gladio en el proceso. El arma también acabó en el suelo con un estrépito metálico y la mujer le dio una patada para alejarla. Luego descargó otro bastonazo en la sangrante nariz del guardia caído, hizo voltear la vara y le propinó un fuerte golpe en la entrepierna. El hombre se encogió de dolor y la recién llegada aprovechó para golpearle en la sien con otro giro. A pesar de la protección del casco, el impacto fue tan fuerte que perdió el conocimiento.

La mujer se puso en guardia unos instantes, estudiando a los soldados mientras seguía sonando la Canción. Cuando vio que ninguno de los dos se movía, relajó la pose y se acercó despacio a un cada vez más asustado Neluras.

Para aumentar su desconcierto, de entre las sombras algo voló hasta colocarse sobre el hombro derecho de la mujer. Era una esfera de un palmo, con el aspecto de estar hecha de algo semejante a piedra gris. Sin embargo, mientras Neluras la miraba su consistencia se fue diluyendo y ante sus ojos se transformó en una bola de polvo, luego en un orbe translúcido y por fin en un pequeño remolino casi transparente que agitaba el aire a su alrededor y removía la corta cabellera de la recién llegada.

Neluras empezó a notar el cambio en aquel momento. Se dio cuenta de lo majestuosa que era la mujer que le Cantaba. Cómo se había atrevido nada menos que a entrar en el Palacio de la Fuente y enfrentarse cara a cara con un Magistrado de Kranus. La determinación que veía en su rostro, la fuerza de su voz, el manto de misterio que la envolvía...

Neluras se estaba enamorando de ella.

De inmediato supo lo que pasaba. No era una reacción natural. Era la Canción. Aquella mujer estaba metiéndose en su alma. Aquella maravillosa mujer.

Intentó sacudir la cabeza, apartar tan absurdos pensamientos, volver a ser él, pero no pudo. Cada nota que oía definía más y más lo que sentía.

Al poco rato le dio igual.

La hechicera terminó la Canción. Su pelo encaneció casi por completo, su rostro se arrugó y ella perdió las fuerzas y estuvo a punto de caer. La otra mujer lo impidió, sujetándola a tiempo.

—¿Estás bien, bruja? —le dijo. Su voz le resultó a Neluras demasiado grave.

Su compañera levantó una mano.

—Tranquila —jadeó—... Est... bien... Mucha... energía.

La mujer del bastón cortó sus cuerdas con un cuchillo. La hereje, aun agotada, logró enderezarse por su propio pie. Seguía teniendo el aspecto de una frágil anciana, pero Neluras no la amaba menos por ello. En todo caso, le fascinaba el valor con el que afrontaba la adversidad.

La mujer del bastón lo miró y lanzó una risa sardónica.

—¡La polla del minotauro! ¡Lo has hecho, bruja! ¡Has hechizado a un Magistrado! ¡Eres increíble!

El destello de admiración en sus ojos resultó evidente para Neluras. En aquel momento, la mujer dejó de serlo. Fue una transformación rápida, de un par de latidos, en la que su cuerpo adoptó una forma diferente sin cambiar exactamente del todo. Su pecho se hundió a la vez que aumentaba su cintura. Su mandíbula y su nariz se ensancharon. Su frente se despejó y le creció algo de vello facial.

Quien estaba ante Neluras era un hombre con bastón.

Su túnica le quedaba algo más ceñida, la longitud de su cabello le daba un leve aspecto afeminado, quizá era poco musculoso para su altura, pero por lo demás se trataba de la misma persona con aspecto masculino.

El Magistrado no tuvo tiempo de salir de su asombro. Algo más recuperada, y todavía con aspecto de vieja, la hechicera se le acercó.

—Dame tu diario —le dijo.

Una voz en la cabeza de Neluras le gritó que no hiciera semejante insensatez, pero aun así el Magistrado obedeció a su amada. Ella tomó el librito y comenzó a leerlo en silencio, realizando algún asentimiento de vez en cuando. Al terminarlo se lo devolvió y le habló de nuevo a la mujer... al hombre del bastón.

—Ahora viene lo más difícil. ¿Estás seguro de que quieres seguir?

La esfera de aire alborotó el cabello del hombre. Él mostró una sonrisa lobuna y habló con una voz quizá demasiado aguda.

—No viene lo más difícil, bruja. Viene lo mejor.

La hechicera y él se dieron un largo abrazo, como si no hubiera nadie más en el mundo. Después ella se acercó a Neluras, le sonrió y le acarició el rostro con dulzura.

—Querías saber mi nombre —dijo—. Me llamo Valisa Belaria Certis de Hirenum. Yo quiero que sepas que nunca me has dado miedo. Ahora vas a abrirme las puertas del Inframundo.

El Inframundo. El reino de Kranus todopoderoso. Neluras casi cayó al suelo. ¡Menuda audacia! Su corazón se desbocó. ¿Cómo no iba a amar a aquella mujer?

Unos meses antes

I

*¡Oh, noche que guiaste!
¡Oh, noche amable más que la alborada!
¡Oh, noche que juntaste
Amado con amada,
amada en el Amado transformada!*

(La noche oscura del alma, Juan de la Cruz)

*Quinto día antes de los idus de Séptimo,
día de la Canción.
CCCXVIII, A.P.*

—¡Deja de cantar ahora mismo! —gritó Vatia.

El pequeño Nanteo detuvo su correteo entre las cimbreantes espigas de trigo, cerró la boca y miró a su madre con desconcierto.

—Pero Lulio canta —dijo al cabo.

Vatia se adelantó para darle un cachete en la mano.

—¡No me repliques! Lulio es un esclavo. Y además no canta, toca el sistro.

El niño puso cara de enfadado, se frotó la mano y no volvió a tararear aquella melodía inventada.

Valisa sonrió al ver el teatral mohín. Su hermana mayor tenía la obligación de educar a Nanteo, pero también debía recordar que a sus tres años el pequeño sentía curiosidad por todo. No podía esperarse que supiera las reglas de la sociedad sin que nadie se las explicara antes. Él no comprendía por qué no debía meterse el dedo

en la nariz, o por qué no se puede preguntar a desconocidos cómo se llaman, o por qué había que llevar siempre el diario. O por qué cantar era de mala educación.

El enfado de Nanteo duró poco. Se adentró de nuevo en el trigal y dejó entre risitas que las espigas le hicieran esas «cuquillas» en la mano que tanto le gustaban. Aprovechó para desgranar algunas y mordisquear el trigo. La única música que se oía ya era el repetitivo canto de las cigarras. A lo lejos, moteando el horizonte, esclavos a pecho descubierto trabajaban duro para recolectar la cosecha bajo las órdenes de Neanto. Había sido un buen año.

Detrás del niño iban las tres hijas de la familia Certis, Vatia, Valisa y Vamara. Las dos últimas, en deferencia al estado de Vatia y a su posición jerárquica, eran quienes llevaban la ancha cesta de mimbre con la ropa que debían lavar. Uno de los preparativos de la fiesta que se avecinaba.

La excusa perfecta para salir de casa e ir a su misión secreta. Valisa volvió a sonreír, esta vez de excitación.

Se asombró de lo rápido que avanzaba su hermana mayor. Tuvo que lanzarle una mirada reprobadora a Vamara, a quien le costaba seguir el ritmo con tanto peso a cuestas. Vatia tenía tanta energía como su hijo. Valisa la admiraba por aquella fuerza interior. No sabía cómo lo conseguía con aquel embarazo de siete meses. No solo era fuerte, sino que de algún modo había logrado conservar su belleza. Muchas veces Valisa había soñado con parecerse más a su hermana. Su piel pálida a pesar del sol, sin rastro de manchas o pecas, su estatura, aquel largo pelo negro que parecía desenredarse solo... Todo lo contrario que ella.

Incluso Vamara, que nada más tenía diez años, ya prometía una pubertad que causaría admiración entre los hombres. Todavía era algo flacucha y desgarbada, con cierto aspecto de chico, pero Valisa sabía que se iba a convertir en una mujer preciosa. No solía equivocarse con aquel tipo de predicciones.

Ella en cambio era bajita, llena de lunares, morena como una castaña y sentía que su melena estaba hecha de esparto. Hubo un tiempo en el que pensaba que jamás atraería a nadie.

Sonrió de nuevo. Cómo cambiaban las cosas.

Se encontraron con el peludo perro de los Daldios. Al ver a Nanteo, fue hacia él entre ladridos y el pequeño aprovechó la oportunidad para jugar a las carreras con torpes zancadas. Se dirigieron a la arboleda, que era el sitio con más sombra de las inmediaciones, y eso le evitó a Nanteo otra reprimenda de su madre. Allí era adonde iban de todos modos.

Cuando había que lavar la ropa, las mujeres elegían el estanque. Era un lugar agradable, amplio y con grandes rocas donde apoyarse. El agua estaba más tranquila que en el curso principal del río Hir, con lo que resultaba más fácil recoger alguna prenda si se escapaba. También había una preciosa y relajante cascada de casi veinte pies. Y lo que era más importante, llegar hasta allí no obligaba a subir la colina donde estaba la arboleda. Por eso, cualquiera que hubiera estado observando a las chicas se habría preguntado por qué se desviaban y elegían cargar la colada por la senda ascendente. Era una manera absurda de agotarse.

Pero era imprescindible para que la misión tuviera éxito.

La idea había sido de Vamara, aunque no la podrían haber llevado a cabo sin el permiso de Vatia. Las dos veces anteriores había funcionado, así que las chicas lo habían convertido en una rutina.

La presencia de un mensajero imperial era algo que llamaba la atención en Hirenum. A menos que llegara de noche —y eso solo había pasado, que Valisa recordara, la vez que anunciaron al Imperio la muerte del Sumo Magistrado Teilos— todos podían ver la nube de polvo de un jinete acercándose a gran velocidad desde más allá de las colinas del sur. Eso los ponía sobre aviso con antelación más que suficiente. Daba tiempo a realizar cualquier preparativo mientras el emisario cabalgaba hacia ellos por la dorada llanura de los trigales.

A partir de ahí, todo dependía de si el jinete solo estaba de paso o si tenía algún correo que entregar. Si ocurría lo segundo, se dirigía a la villa de los Dómex, líderes de Hirenum en tanto que responsables de la milicia. Luego ellos se encargaban de repartir los mensajes a las familias destinatarias.

Ahí fue donde Vamara vio que podían hacer algo.

Un esclavo de los Dómex que quisiera ir a la casa de los Certis tenía que seguir el camino en dirección sur hasta el puente, cruzar el río y

luego desandar un trecho hacia el noroeste, haciendo una especie de U. Si alguien —por ejemplo, tres chicas traviesas— estuviera esperando un mensaje y le sobrara el tiempo —por ejemplo, porque hubiera visto llegar al correo imperial desde hacía horas—, podría apostarse en la arboleda, en lo alto de la colina. Desde ahí se podía ver casi todo Hirenum. En particular se podía vigilar si salía un sirviente Dómex que fuera hacia el puente. Suponiendo que tal cosa ocurriera, resultaba fácil adelantarse a él descendiendo la colina y esperándolo en el camino al otro lado del río, ya que desde la arboleda era un trayecto en línea recta. Luego solo hacía falta encontrarse con el siervo, intercambiar algunas frases amables y ofrecerse generosamente a entregar el mensaje al patriarca Certis. Los esclavos solían agradecer el que se los liberara de la necesidad de seguir avanzando bajo aquel sol.

Así era como Valisa había recibido las anteriores cartas de Kárel antes de que llegaran a manos de su padre.

Flíneo debía acabar recibéndolas, desde luego, y Valisa no podía retrasarse. Pero ser la primera en leer las palabras de su amado era algo que la llenaba de emoción. El patriarca, aunque desaprobaba recibir mensajes con el sello roto, entendía por qué Valisa se comportaba así y hacía la vista gorda. Era algo que ella le agradecía con todo su corazón. Para Flíneo había sido devastador que su única descendencia fueran tres hijas y que ningún varón hubiera sobrevivido. Aunque amaba a Neanto, las tres hermanas sabían que siempre había deseado un heredero, y su yerno no lo era. El que toda su familia acabara pasando, tarde o temprano, a un patriarca de otra sangre era la mayor decepción de su vida. Valisa y sus hermanas se habían sentido a menudo responsables de esa situación, por ilógico que fuera culparse por no haber nacido niños. En consecuencia, atesoraban los escasos momentos de aprecio que les dirigía Flíneo.

Aunque fueran algo tan pueril como dejarles abrir una carta.

Vamara estuvo a punto de tropezar con una raíz y sus hermanas la sujetaron. Vatia echó mano a la cesta antes de que se volcara con el trajín y entre las tres lograron subirla a lo alto de la colina.

La arboleda mezclaba retorcidos robles de grueso tronco y rectos pinos, creciendo altos y fuertes a la orilla del río. Los insectos

zumbaban por doquier y hasta se podía ver alguna ardilla furtiva dando saltos entre las ramas. Nanteo se descalzó, dejó con cuidado su diario en la orilla —ya se consideraba lo bastante mayor para encargarse de él— y se metió hasta las rodillas en el agua. Le siguió su cánido amigo y empezaron a chapotear. Las muchachas avanzaron algo más, cerca del salto de agua que daba al estanque, y dispusieron las prendas ahí.

Ante ellas estaba Hirenum. Aparte de varias casas desperdigadas, a gran distancia unas de otras, había dos elementos distintivos en el pueblo.

A su derecha tenían la villa Certis, un rectángulo de casas blancas de tejados rojos, con un atrio interior, el pozo a la entrada y gallinas picoteando fuera. Junto a las edificaciones estaban el huerto y los manzanos entre los que tantas veces habían hecho carreras las tres hermanas de pequeñas. A partir de ahí se extendían los trigales.

Más lejos a la izquierda, en la otra orilla del Hir, estaba la villa Dómex. Su estructura era similar, salvo por el hecho de que la más alta de sus construcciones era la sede de la milicia, preparada para que los aldeanos pudieran reaccionar ante animales salvajes, niños desaparecidos, incendios o —cosa que jamás había ocurrido— ataques de bandidos. Se suponía que las milicias del Imperio debían estar listas para ir a la guerra si así se lo exigían. A pesar de que tampoco se había dado nunca el caso, los Dómex se tomaban muy en serio el prepararse para esa obligación. Cada mes los varones de Hirenum hacían una jornada de entrenamiento militar y practicaban resistencia física y puntería con las jabalinas. Aunque acababa siendo más una reunión lúdica que un adiestramiento para el combate, no se podía discutir que los hombres del lugar eran como mínimo buenos cazadores. Los varones Dómex, por su parte, iban más allá y practicaban un poco cada día; no solo arrojando lanzas sino con varas a modo de gladios de madera y también el combate cuerpo a cuerpo.

Se decía que todo tenía su origen en algún lejano pariente del clan, que al parecer vivía en las Tres Ciudades. Algunos contaban que era un legionario azul y que sus familiares seguían sus pasos. Otros, que era un senador o un rico comerciante de Mardus-Doleia. Fuera como

fuere, y aunque los Dómex no eran dados a ofrecer explicaciones, parecían tener algún tipo de influencia política. Recibían con cierta frecuencia mensajes de la capital, estaban al cargo de la defensa y hasta habían logrado que Hirenum —una aldea pequeña al fin y al cabo— tuviera su propio Magistrado, Galebo. Quien, por cierto, siempre había tenido tendencia a decidir a favor de los Dómex.

Por lo menos hasta lo de Kárel.

—Déjame que hoy esté a tu lado, Val —pidió Vamara—. Yo también quiero ver.

Valisa asintió y dejó que se colocara junto a ella, cerca del borde de la cascada, en la zona donde había más visibilidad. Las tres chicas empaparon la colada y comenzaron a golpearla con palas contra las rocas. Durante un rato lo hicieron en silencio hasta que habló Vamara, como siempre.

—¿Cómo será?

Sus hermanas la miraron desconcertadas.

—¡Cuando te cases! ¿Te tendremos que llamar «sagrada»?

Valisa rio, comprendiendo al fin.

—No —dijo, risueña—. Creo que eso solo es para el Magistrado, no para su mujer —aunque la idea la hizo sonrojarse de emoción.

Vatia sacudió la cabeza, más seria que sus hermanas.

—¡Claro que solo es para el Magistrado! ¡Qué tonterías preguntas! ¿Por qué ibas a llamar «sagrada» a alguien que no sabe usar los dones sagrados?

—No sé. A lo mejor Kárel le enseña a Val las Canciones.

Vatia se escandalizó.

—¡Deja de decir tonterías! ¡Enseñar Canciones a una mujer! ¿Quieres traer la mala suerte o qué? No sé de dónde sacas esas ideas. Si te oyera padre...

Vamara agachó la cabeza, pero no se dio por vencida.

—Pues yo he oído que las mujeres pueden Cantar.

—¿Y dónde has oído eso?

—Lulio me contó una historia que...

—¡Lulio otra vez! ¡Voy a tener que hablar muy seriamente con él! ¿Qué te contó?

—Que una chica que se llamaba Iora aprendió a Cantar y...

—Conozco la leyenda de Iora. ¿Y tú sabes cómo acaba?

Vamara se mordió el labio inferior, frustrada.

—Iora se vuelve loca después de que todos sus amigos mueran por culpa de su magia.

—¡Exacto! ¡Eso es lo que pasa cuando una mujer intenta Cantar!

Las tres chicas dejaron de hablar, concentradas en sacudir la ropa con fuerza. Valisa sabía que no iba a durar. A su hermana menor no se la callaba con tanta facilidad.

—Pues eso es algo que no entiendo —replicó al fin—. Las mujeres también pueden hacer el Pacto. ¿Por qué lo permite Kranus si está mal? ¿No sería más fácil que solo los hombres pudieran?

Vatia suspiró, exasperada.

—Kranus pone a prueba nuestra fe —dijo, con el mismo tono en el que hablaba a Nanteo—. Es como un padre que nos pone reglas para que quede claro quiénes son los buenos, los que obedecen, y quiénes los malos. ¡Deja de darle vueltas! ¡Hay cosas que las mujeres no podemos hacer, igual que hay cosas que los hombres no pueden! ¿O acaso puede un hombre tener hijos? ¿Eh?

Vamara sacudió la cabeza. Una expresión triunfal apareció en el rostro de Vatia.

—¡Pues ahí lo tienes! ¡Yo no veo que ellos se quejen de no poder tener hijos! ¡Y a mí me parece lo más bonito que alguien puede hacer! ¡Yo no cambio el haber tenido a Nanteo dentro de mí ni por todas las Canciones del mundo!

Si Vamara tenía algo que decir al respecto, nunca lo supieron. Abrió ojos como platos y señaló hacia villa Dómex.

—¡Mirad! —dijo—. ¡Sale alguien!

Las hermanas olvidaron la discusión. En efecto, un hombre estaba saliendo y se encaminaba con paso tranquilo hacia el puente. Se miraron, preocupadas. No se trataba de un esclavo. Era Gárdeo, el heredero de los Dómex, jefe de la milicia del pueblo.

La persona que más odiaba a los Certis.
